

Suspense
(Una novela napoleónica)



PARTE I



I

En la ladera de una árida montaña, cuya cresta pelada dibujaba en lo alto del cielo oscuro un contorno resplandeciente y fantasmal, un brillo enrojecía las fachadas de los palacetes de mármol que allí se agolpaban. El sol invernal se estaba poniendo por el Golfo de Génova. Más allá de la inmensa costa, hacia el este, el cielo era como un cristal oscurecido. También el mar abierto aparecía cristalino con una pátina púrpura en la que la luz de la tarde se demoraba como si quisiera aferrarse al agua. Las velas sin viento de unas cuantas *felucas*¹ lucían rosadas y alegres, inmóviles en la penumbra que de todo iba adueñándose. Todas las proas se dirigían hacia la soberbia ciudad. Al abrigo del largo embarcadero que tenía una torre circular y achaparrada en el extremo, el agua del puerto se había ennegrecido. Una embarcación mayor con velas cuadradas

1—. Embarcación de madera larga y estrecha con una o dos velas, derivada de las antiguas galeras; típica en el río Nilo y en la zona oriental del mar Mediterráneo.

salía de él y, frenada de repente por la llegada de la calma, encaraba el rojo disco del sol. Su insignia ondeaba y los colores no se podían discernir. Pero un hombre delgado, con una chaqueta de marinero raída y un extraño gorro con borla, y cuyos brazos se apoyaban en la culata negra de una enorme pieza de artillería —que junto a tres de sus monstruosas compañeras ocupaba la plataforma de la torre—, parecía no tener ninguna duda sobre la nacionalidad de la embarcación; cuando se lo preguntó un joven de civil enfundado en un largo abrigo, con unas botas a la alemana y un rostro de aspecto ingenuo que asomaba por encima de los pliegues de un fular blanco, el hombre respondió con sequedad, retirando una pipa corta de la boca pero sin volver la cabeza.

—Es de la isla de Elba.

El hombre se volvió a colocar la pipa entre los labios y mantuvo su actitud poco sociable. El joven elegante de rostro agradable —que era Cosmo, el hijo de Sir Charles Latham, de Latham Hall, Yorkshire— repitió en voz baja «de la isla de Elba» y permaneció allí, envuelto en el abrigo, contemplando el barco encalmado con su bandera indistinguible.

Sólo cuando el sol se hundió en las aguas del Mediterráneo y la bandera indistinguible fue arriada en el barco inmóvil, el joven se desperezó y dirigió su mirada hacia el puerto. Allí, el objeto más cercano era la imponente figura de un buque de guerra inglés fondeado en el lado occidental, no muy lejos del atracadero. Sus grandes mástiles superaban los techos de las casas y la insignia inglesa acababa de ser arriada del asta y sustituida por un farol que resplandecía de forma extraña en el claro crepúsculo. Las siluetas de los barcos que se agolpaban a la salida del puerto se mezclaban unas con otras. Cosmo recorrió con la vista la plataforma circular de la torre. El hombre apoyado en el cañón seguía fumando con

indiferencia.

—¿Es usted el guarda de la torre? —preguntó el joven.

El hombre lo miró de reojo y contestó sin cambiar la actitud, como si hablara consigo mismo:

—Ahora este lugar no necesita protección. Las guerras se han acabado.

—¿Cierran la puerta al pie de la torre por la noche? —preguntó Cosmo.

—Eso es algo que han tener en cuenta especialmente los que, como usted, tienen una acolchada cama en la que dormir esta noche.

El joven ladeó la cabeza y miró a su interlocutor con una ligera sonrisa.

—A usted no parece importarle demasiado —dijo—. Concluyo pues que tampoco a mí ha de preocuparme. Mientras a usted le vaya bien quedarse aquí, yo estaré a salvo. No sé si sabe que le seguí escaleras arriba.

El hombre de la pipa se levantó abruptamente.

—¿Me siguió hasta aquí? Por todos los demonios, ¿por qué lo hizo?

El joven se rio como si se tratara de una broma muy divertida.

—Simplemente porque usted caminaba delante de mí. No se veía a nadie más cerca del muelle. De repente, usted desapareció. Luego vi que la puerta al pie de la torre estaba abierta y subí las escaleras hasta la plataforma. Y me hubiese sorprendido mucho no encontrarle aquí.

El hombre del extraño gorro con borla se quitó la pipa de la boca para escuchar.

—¿Y eso es todo?

—Sí, es todo.

—Nadie excepto un inglés se comportaría así —dijo el hombre

como para sus adentros con una ligera mueca de aprensión—. Son ustedes gente excéntrica.

—No veo nada de excéntrico en lo que he hecho. Sólo quería salir de la ciudad. El muelle era tan buen sitio como cualquier otro. Este lugar es muy agradable.

Una suave brisa rozó los rostros de ambos hombres, mientras permanecían allí en silencio, mirándose el uno al otro.

—No soy más que un viajero ocioso —dijo Cosmo con naturalidad—. He llegado esta mañana por tierra. Me alegra haber tenido la idea de venir aquí a contemplar cómo brilla su ciudad a la puesta de sol, y de paso haber visto una nave que pertenece a la isla de Elba. No debe de haber muchas. Sin embargo, usted, amigo...

—Tengo tanto derecho como cualquier viajero inglés a pasear por aquí —le interrumpió al punto el hombre.

—Este lugar es muy agradable —repitió el viajero mirando fijamente el crepúsculo que había invadido la plataforma de la torre.

—¿Agradable? —contestó el otro—. Sí, quizá. La última que vez que estuve en esta plataforma tenía sólo diez años. Había una bala de cañón rodando de un lado para otro y haciendo vibrar el suelo de piedra; provocaba un tremendo alboroto, parecía un ser vivo lleno de furia.

—¡Una bala de cañón! —exclamó Cosmo esperando encontrar en las losas intactas una señal de lo ocurrido—. ¿Y de dónde venía?

—De un bergantín inglés perteneciente al escuadrón de lord Keith.² Estaba bastante cerca y abrió fuego contra nosotros... Sólo

2—. George Keith Elphinstone —luego Lord Keith— (1746-1823): almirante británico famoso durante las guerras napoleónicas. Dirigió el bloqueo del puerto de Génova.

Dios sabe por qué. ¡El atrevimiento de su pueblo! Un solo disparo de uno de estos grandullones —dijo palmeando la enorme culata de uno de los cañones que tenía a su lado— habría bastado para que se fuera a pique como una piedra.

—Ya lo creo. Pero la intrepidez de nuestros marineros hace tiempo que dejó de sorprender al mundo —murmuró el joven.

—El mundo está lleno de gente intrépida, pero la suerte es incluso mejor que el valor. Ese bergantín salió indemne. Sí, la suerte es incluso mejor que el valor. Más segura que la sabiduría y más poderosa que la justicia. La suerte es algo grande. Es lo único que vale la pena tener como aliado. Y ustedes siempre la han tenido. Sí, *signore*, usted pertenece a una nación afortunada, de lo contrario no estaría aquí en esta plataforma mirando por encima del mar hacia esa tierra minúscula que es el último refugio de su mayor enemigo.³

Cosmo se asomó por encima del parapeto de piedra cerca de la abertura del cañón al otro lado del cual el hombre de la pipa corta hizo un gesto vagamente solemne.

—Me pregunto qué pensamientos pasan por su cabeza —prosiguió el hombre, en un tono de voz desapegado—. O quizá sea usted demasiado joven para tener muchas ideas en ella. Permítame esta libertad, pero siempre he oído decir que uno debe ser sincero al conversar con un inglés, y, por su forma de hablar, no tengo duda alguna de que pertenece a esa nación.

—Le aseguro que no albergo ningún pensamiento de odio... Mire, el buque de la isla de Elba está cada vez más lejos. ¿O quizá sea sólo la oscuridad la que nos hace verlo así?

3—. Se refiere a Napoleón (1769-1821), exiliado y reducido a vivir en la isla de Elba en 1814.

—El aire nocturno es pesado. Hay más viento en el mar que aquí donde estamos, pero no creo que se haya alejado. Parece que a usted le interesa ese buque de la isla de Elba, *signore*.

—Últimamente siento fascinación por todo lo que esté relacionado con esa isla —confesó el ingenuo viajero—. Acaba de decir que yo soy muy joven para tener ideas en la cabeza. Usted no parece mucho mayor que yo. Me pregunto en qué está pensando.

—Los pensamientos de un hombre normal, pensamientos sin interés para un milord inglés —contestó el otro con un tono áspero y despreciativo.

—¿Acaso piensa que todos los ingleses son lords? —preguntó Cosmo con una carcajada.

—De ninguna manera. Lo he dicho por su aspecto. Recuerdo haber oído a un viejo decir una vez que ustedes eran una nación señorial.

—¿De verdad? —exclamó el joven, y rio de nuevo en un tono más moderado y agradable—. Yo recuerdo haber oído a un viejo llamarnos nación de comerciantes.⁴

—*Nazioni di mercanti* —repitió el hombre lentamente—. Bueno, eso también puede ser verdad. Hombres diferentes, sabidurías diferentes...

—Ni se me ocurrió pensarlo —dijo Cosmo sentándose de un pequeño salto en el murete de piedra de la torre.

Apoyó un pie en la impresionante cureña del cañón, y miró fijamente con sus ojos claros los oscuros rayos rojos en el cielo de poniente que dejaba el sol en retirada como una larga herida infli-

4—. Alusión a una frase de Napoleón, quien quizá la tomó de Adam Smith (1723-1790), si bien el término usado no fue «comerciantes» sino «shopkeepers», es decir: tenderos.

gida en el cuerpo doliente del universo.

—Hombres diferentes, sabidurías diferentes —repitió Cosmo, meditabundo—. Supongo que así ha de ser. La vida de la gente es tan distinta... ¿Y qué tipo de sabiduría era la de ese anciano?

—La sabiduría de una gran llanura casi tan uniforme como el mar —repuso el hombre con gravedad—. Cuando oí su voz fue tan inesperada como la suya, *signore*. Las sombras de la tarde se cernían sobre mí justo después de haber visto en el oeste, como si fuera en el fin del mundo, a un ciervo esquivando la acometida de un león. Se alejaron hacia el resplandor y se desvanecieron. Fue como si lo hubiera soñado. Y cuando me di la vuelta, ahí estaba el viejo, no más lejos que la mitad de la anchura de esta plataforma. No hizo sino sonreír al verme tan sorprendido. Sus largos rizos plateados se agitaban en la brisa. Parecía que había estado observándome desde los surcos de la tierra y desde los cañaverales durante medio día, más o menos, preguntándose qué estaría haciendo yo, que había venido a tierra para pasearme por la llanura. A veces me gusta estar solo. Mi barco había fondeado en un lugar de esa costa desértica bastantes millas más lejos, demasiadas para que un extranjero como yo pudiera desandarlas en la oscuridad. Así que pasé la noche en la propiedad del viejo, una cabaña de hierba y juncos cerca de un estanque poblado por multitud de pájaros. Me trató como si fuera un hijo. Hablamos hasta el amanecer y cuando salió el sol no volví a mi barco. Mis pertenencias a bordo no tenían mucho valor, y seguro que no había nadie allí que se dirigiera a mí como «Mi hijo» —con ese tono particular—; ya sabe a qué me refiero, *signore*.

—No lo sé, pero puedo suponerlo —fue la respuesta de Cosmo, cuyo desenfado, unido a una verdadera sinceridad, sonaba particularmente juvenil, lo que provocó una sonrisa en el hombre

de más edad. En reposo su rostro era solemne. El interlocutor inglés siguió después de una pausa.

—Así que desertó de su barco para irse con un eremita salvaje sólo porque el tono de su voz sedujo su corazón. ¿Es eso lo que quiere decir?

—Lo ha adivinado, *signorino*. Aunque quizá había algo más. De lo que no hay duda es de que deserté de mi barco.

—¿Y dónde fue eso?

—En la costa de Sudamérica —respondió con repentina brusquedad el hombre desde el otro lado del cañón—. Pero ahora ha llegado el momento de separarnos.

Sin embargo, ninguno de los dos se movió y durante un rato se quedaron callados, indiscernibles el uno para el otro en la torre maciza que, mientras caía la noche, no era sino una sombra gris encima de la oscuridad y la quietud del mar.

—¿Cuánto tiempo permaneció con el eremita en el desierto? —preguntó Cosmo—. ¿Y por qué lo dejó?

—*Signore*, fue él quien me dejó. Después de enterrar su cuerpo ya no tenía nada que hacer allí. Aprendí mucho durante aquel año.

—¿Y qué aprendió allí, amigo? Me gustaría saberlo.

—*Signore*, su sabiduría no era parecida a la de los otros hombres y sería demasiado largo contárselo aquí en esta torre y a estas horas. Aprendí muchas cosas. A ser paciente, por ejemplo... ¿No cree, *signore*, que sus amigos o los sirvientes de la fonda se inquietarán por su prolongada ausencia?

—Ya le he dicho que no llevo más de dos horas en esta ciudad y no he hablado con nadie hasta que lo encontré a usted; excepto, por supuesto, con la gente de la fonda.

—Tal vez empezarán a buscarlo.

—¿Por qué deberían preocuparse? Aún no es tarde. ¿Por qué

habrían de percatarse de mi ausencia?

—¿Por qué? Sencillamente porque su cena debe de estar lista a esta hora —replicó el hombre, impaciente.

—Puede ser, pero aún no tengo hambre —dijo el joven, sin darle importancia—. Dejemos que me busquen por toda la ciudad, si eso es lo que quieren.

Luego, con un tono de interés, añadió:

—¿Cree que pensarán en buscarme por aquí? —preguntó.

—No. Éste es el último lugar en el que alguien pensaría —murmuró el otro como si se lo dijera a sí mismo. Y entonces alzó su voz considerablemente—: Ahora debemos separarnos. Buenas noches, *signore*.

—Buenas noches.

El hombre con la chaqueta de marinero se quedó mirando un momento y, luego, con un movimiento brusco, ladeó aún más el sombrero de la extraña borla y dijo:

—Yo no me marcho de este lugar.

—Pensé que sí. ¿Por qué me dijo buenas noches entonces?

—Porque debemos separarnos.

—Supongo que sí, tarde o temprano —convino Cosmo con voz amistosa—. Aunque me gustaría verle de nuevo.

—Debemos separarnos ahora mismo, en este momento, en esta torre.

—¿Por qué?

—Porque quiero estar solo —respondió el otro después de una pausa brevísima.

—¡Oh, vamos! ¿Por qué diantre desearía usted estar solo? ¿Qué podría hacer aquí? —protestó el joven de muy buen humor.

Luego, como sorprendido por una idea divertida, continuó con ligereza:

—A no ser que quiera conjurar espíritus y quizá invocar la aparición del Diablo para su propio beneficio —hizo una pausa—. Sepa que hay gente que cree que se puede hacer —añadió con mofa.

—Y no andan demasiado equivocados —fue la inquietante respuesta que obtuvo—. Cada hombre tiene un diablo al alcance de su mano. No insista *signore*, y no haga que surja el mío. Mejor haría en no decir nada e irse de aquí en paz.

El joven viajero no cambió su actitud despreocupada. El hombre del gorro le oyó decir tranquilamente, en un tono de comunión íntima:

—Prefiero quedarme en paz aquí.

Era en verdad una paz maravillosa. El sonido de sus voces calmadas parecía no perturbarla en lo más mínimo; tenía una amplitud enorme y abrumadora, y al hombre del gorro le pareció que se aliaba a la obstinada calma del joven inglés, en contra de su creciente malestar. No pudo reprimir un movimiento impulsivo y amenazador en dirección a su inoportuno interlocutor, pero se quedó en mera perplejidad. Aún ladeó más su gorro y se puso simplemente a rascarse la cabeza.

—Usted es uno de esos tipos que están acostumbrados a hacer lo que quieren. Pues bien, esta vez no será así. Le he pedido educadamente que me deje solo en esta torre. Se lo he pedido de hombre a hombre. Pero si no quiere atender a razones, yo...

Cosmo, poniendo las palmas de sus manos contra el borde del parapeto, saltó con ligereza hasta la mitad de la plataforma y cayó sin tambalearse. Su tono de voz era de absoluta calma.

—La razón es mi única guía —declaró—. Pero su petición parece un mero capricho. ¿Para qué debería usted quedarse aquí? Los pájaros se han marchado a dormir; y yo tengo exactamente el mismo derecho que usted a tomar el aire aquí arriba. Por lo tanto...

Un pensamiento pareció asaltarle.

—Sin duda éste no puede ser el lugar donde concierta sus citas galantes —comentó en un tono de voz cambiado que dejaba traslucir cierta simpatía.

Una corta y desdeñosa carcajada del otro lo interrumpió pero no le impidió murmurar para sí sobriamente:

—No, sería de lo más inadecuado... entre estos cañones lúgubres y viejos —alzó la voz—: todo lo que puedo hacer es cederle el lugar.

Se retiró lejos del centro de la plataforma y esta vez se sentó en la culata maciza de un cañón de sesenta libras.

—Adelante con sus encantamientos —le dijo luego a la figura alta y oscura cuya inmovilidad pareció por un momento desamparada.

Ésta rompió el corto silencio diciendo lentamente:

—¿Supongo que se habrá dado cuenta de que en cualquier momento desde que hemos empezado a hablar yo podría haberme arrojado sobre usted, sin que le diera tiempo a reaccionar, mientras usted estaba sentado sobre el murete, y tirarle torre abajo?

Esperó un momento y luego, en un tono más profundo, preguntó:

—¿Acaso me lo va a negar?

—No, no voy a negarlo —fue la despreocupada respuesta del joven inglés—. No pensé ponerme en guardia. Pero sé nadar.

—¿Es que no sabe que hay un espigón con grandes bloques de piedra allí abajo? Podría ser una muerte terrible. Y ahora... ¿hará el *signore* lo que le pido y volverá a la posada, que es un lugar mucho más seguro que esta plataforma?

—La seguridad no es un gran aliciente, y en ningún momento he creído que usted pensara atacarme de un modo tan traicionero.

—De acuerdo —admitió de mala gana la alta figura coronada por el contorno del extraño sombrero—. De acuerdo, ya que lo dice con esas palabras, *signore*, no, no lo pensé.

—¡Lo ve! Yo creo que es usted un buen hombre, pero tal y como están las cosas no tengo ninguna obligación de escucharle.

—Es usted astuto —le espetó el otro con brusquedad—. Lo lleva en la sangre. ¿Cómo se ha de ser para tratar con gente como usted?

—Podría intentar echarme —sugirió el joven.

Durante un rato no hubo respuesta; luego la figura alta musitó para sí reflexivamente:

—Después de todo... se trata de un inglés.

—No creo que eso me haga invencible —dijo Cosmo con calma.

—Lo sé. Luché contra soldados ingleses en Buenos Aires.⁵ Sólo pensaba que los hombres de su nación, para darle al Diablo la parte que le corresponde, no se relacionan con espías y tampoco aman la tiranía... Pero, dígame: ¿es cierto que sólo lleva dos horas en la ciudad?

—Absolutamente cierto.

—Y aun así todos los tiranos del mundo son sus aliados —dijo el hombre misterioso que iba siguiendo a media voz el hilo de su pensamiento.

El no menos misterioso viajero comentó tranquilamente en la noche que se cerraba:

—Usted no sabe quiénes son mis amigos.

—Es verdad, pero no creo que vaya a contarle cuentos a los

5—. La ciudad de Buenos Aires fue asaltada, en vano, por el general Beresford en 1806 y por el general Whitelock en 1807.

espías austríacos o a asociarse con los *sbirri*⁶ piamonteses. Y en cuanto a los curas que meten sus narices en todas partes, yo...

—No conozco ni a un alma viviente en Italia —le interrumpió el joven.

—Pero pronto lo hará. Los de su clase conocen a gente en todas partes. Pero lo que temo es la conversación trivial con los extranjeros. Siendo inglés como es, ¿puedo confiar en que no dirá nada sobre lo que pueda ver?

—Puede hacerlo. No consigo imaginar qué acto ilegal va a cometer aquí. Me muero de curiosidad. ¿No será en realidad algún tipo de hechicero? ¡Adelante! Trace su círculo mágico, si eso es de lo que se trata, e invoque a los espíritus de los muertos.

Un grave gruñido fue la única respuesta a estas palabras pronunciadas en un tono medio en broma medio en serio. Cosmo observó con profundo interés desde la culata del cañón los movimientos del hombre que con tanto empeño se había opuesto a su presencia, pero que ahora parecía no prestarle la más mínima atención. Ciertamente, no eran los movimientos de un mago, puesto que nada tenían que ver con el trazado de círculos. La figura se había acercado a la fachada de la torre que daba al mar y parecía que se estaba sacando, uno tras otro, muchos objetos del bolsillo interior de la chaqueta. El joven se bajó de la culata del cañón, sin dejar de mirar fascinado, y se acercó poco a poco, hasta que con una exclamación de perplejidad dio un paso atrás:

—¡Santo cielo! Este tipo va a pescar...

Cosmo se quedó callado por la sorpresa durante unos cuantos

6—. Esbirros. Nombre con el que se llamaba, peyorativamente, a los policías italianos.

segundos y luego exclamó:

—¿Y para eso tanto secretismo? Ésta es la peor broma que jamás...

—Acérquese, *signore*, pero tenga cuidado de no enredarse los pies con el bramante... ¿Ve esta caja?

Las cabezas de los dos hombres se juntaron como en una confidencia, y el joven viajero distinguió un objeto cilíndrico que era, de hecho, una caja metálica y redonda. Su compañero la puso sobre su mano diciéndole:

—Aguántela un momento, *signore*.

Y luego Cosmo tuvo la oportunidad de constatar que la tapa estaba sellada herméticamente. El hombre del extraño gorro se buscó en los bolsillos de sus pantalones un encendedor de sílex. El joven inglés contempló con asombro cómo su hostil compañero de hacía un momento se metía entre el tubo macizo de la pieza de artillería y la pared de piedra, y serpenteaba hacia la parte exterior de la ancha hendidura hasta que sólo pudieron verse sus medias negras y las suelas de los pesados zapatos.

Tras unos instantes llegó la voz amortiguada por la anchura de la pared.

—¿Podría pasarme la caja ahora, *signore*?

Cosmo, intrigado por estos misteriosos manejos, cuya naturaleza se le iba aclarando bastante, obedeció al instante, se acercó a la hendidura y empujó la caja todo cuanto alcanzaba su brazo hasta tocar la mano tendida del hombre que, boca abajo, asomaba la cabeza más allá de la pared de la torre.

La mano encontró a tientas la caja y la cogió. Anudó el bramante a la caja y, una vez que una buena parte estuvo en la plataforma, empezó a dejar correr el hilo hasta que el extremo final desapareció. El hombre, estirado en el hueco de la hendidura del

cañón, todavía permaneció allí como muerto, y el viajero aguzó el oído en el silencio absoluto para captar el más mínimo sonido a los pies de la torre. Pero todo lo que pudo oír fue el tenue repiqueteo de un campanario en algún lugar de la ciudad. Esperó un poco más y luego, con el tono de cautela propio de un servicial cómplice, murmuró en el hueco:

—¿Pican ya?

La respuesta apenas fue audible:

—No. Pero ahora es el momento.

Cosmo sintió cómo crecía su interés. Y, sin embargo, los hechos en sí no eran muy emocionantes, pero todo tenía el aspecto y el encanto de una aventura inesperada, realzada por el misterio, y que se producía frente a esa vieja ciudad en lo alto, que era como una colina labrada y decorada con luces que empezaban a aparecer rápidamente en la masa sombría y colosal de esa costa sublime. El último destello había desaparecido por el oeste. Todo en el puerto estaba sumido en la oscuridad excepto el farol en la popa del buque inglés fondeado. El hombre en el hueco hizo un leve movimiento. Cosmo se puso en guardia, pero aparentemente no sucedía nada. No había murmullo de voces, ni chapoteo de agua, ni signos del más mínimo movimiento alrededor de la torre. De repente, en el hueco el hombre empezó a retroceder a rastras hacia la plataforma y, en pocos minutos, se puso totalmente erguido frente a su ayudante accidental.

—Ha venido y se ha ido —dijo—. ¿Ha oído algo, *signore*?

—Absolutamente nada. Tiene que haber sido un barco fantasma, porque se refiere usted a un barco, ¿no?

—Sí. Y espero que si alguien en la costa lo ha visto lo haya tomado tan sólo por un fantasma. Claro que ese buque inglés está vigilando por la noche. Pero no creo que vaya a la caza de fantasmas.

—Tampoco yo lo creo. Los fantasmas carecen de importancia. ¿Acaso hay algo más insignificante que un barco fantasma?

—Es usted muy obstinado, *signore*. Los fantasmas sólo interesan a los ignorantes, aunque... ¿quién sabe? Pero sin duda parece divertido hablar del fantasma de un barco, que en principio es un ser inanimado. ¿Porque no es acaso un fantasma una cuestión de espíritu, el alma de un hombre desesperado por una pena o por amor, remordimiento o ira? Tales son las historias que se oyen. Pero el viejo eremita de la llanura del que le he hablado me aseguró que los muertos están demasiado contentos de haber dejado la vida como para causar problemas en la tierra.

—¡Usted y su eremita! —exclamó Cosmo con tono juvenil y maravillado—. Supongo que no tiene sentido preguntarle en qué he estado ayudándole.

—Una pequeña operación de contrabando, *signore*. Seguro que Inglaterra, *signore*, tiene oficinas de aduanas y, por lo tanto, debe de tener también sus contrabandistas.

—Se oye hablar de ellos, por supuesto. Pero no me importaría apostar a que ninguno se parece a usted. Ni tampoco creo que trafiquen con paquetes tan pequeños como el que ha depositado en ese barco fantasma. Por supuesto usted lo vio. Había un barco.

—Como puede comprobar, había alguien para cortar la cuerda. Mire, aquí está todo el bramante, salvo una pequeña parte. Tiene que haber sido un hombre nadando en el agua oscura. Un hombre con alma, preparado para hacer de fantasma... permítame llamarlo un fantasma, *signore*.

—Oh sí, se lo permito —dijo Cosmo con ligereza—. Estoy seguro de que cuando me despierte mañana todo esto me parecerá un sueño. Incluso ahora mismo tengo tentaciones de pellizcarme.

—¿Por qué haría eso, santo cielo?

—Es algo que decimos en mi país. Sí, usted, su eremita, nuestra conversación y esta misma torre, todo esto será como un sueño.

—Le diría «tanto mejor» sino fuera porque la mayoría de la gente está demasiado predispuesta a hablar de sus sueños. No, *signore*, no permitamos que esto tenga en usted más consecuencias que una historia de fantasmas, de meros fantasmas en los que no cree. Usted se me impuso como si fuera el señor de este lugar, pero aun así me despertó sentimientos bastante amistosos.

—No le he pedido amistad —replicó el joven viajero con una voz clara, tan poco ofensiva que el otro hombre la aceptó como si fuera la mera declaración de un hecho.

—Ciertamente, no me lo ha pedido. He hablado sólo de mis propios sentimientos, y aunque sea, podría decirse, un recién llegado y un extraño en mi propia ciudad natal, le aseguro que es mejor tenerme como amigo que como enemigo. Y lo mejor sería que se olvidase de todo lo relacionado conmigo. Sería también lo más amable que podría hacer.

—¿En serio? —dijo Cosmo con un tono de simpatía—. ¿Cómo puede esperar que olvide lo más extraordinario que jamás me ha pasado en toda mi vida?

—¿En toda su vida! ¡Hum! Todavía tiene usted por delante una larga vida, *signorino*.

—Bueno, pero esto es una aventura.

—Justamente a eso es a lo que me refiero. Tiene usted tantas y tan maravillosas aventuras por delante, *signorino*, que seguro que ésta la olvidará muy pronto. Entonces, ¿por qué no cuanto antes?

—No, amigo, usted no parece de ninguna forma alguien al que se pueda olvidar fácilmente.

—Yo... Dios no quiera que... Buenas noches, *signore*.

Tan pronto como salieron estas palabras de su boca, el hombre

del gorro cruzó la plataforma de un salto y desapareció por el hueco negro rectangular del lado de tierra, y bajó por las escaleras tan silenciosamente que ni un solo sonido llegó a los oídos de Cosmo. Él también bajó por las sinuosas escaleras, pero con precaución, envuelto en la profunda oscuridad. La puerta al pie de la torre estaba abierta y pudo salir al embarcadero desierto. No acertó a ver nada allí que se pareciera a una sombra fugitiva.

En la misma orilla, un edificio bajo y pequeño con tres soporales desprendía un tenue resplandor de luz a través de la puerta abierta. Parecía ser alguna especie de caseta de guardia porque había un centinela, aparentemente un soldado austríaco, enfundado en un abrigo blanco. De todas formas, parecía encargado de vigilar las escaleras de los desembarcos frente al cuartel, y dejó pasar al joven viajero como si no lo hubiese visto. La oscura noche se había adueñado del largo muelle. Aquí y allá, un pobre fanal arrojaba una débil luz sobre los adoquines desiguales que los pies del joven apenas parecían tocar. La placentera sensación de haber vivido algo extraordinario aceleraba sus movimientos. Al mismo tiempo estaba hambriento y se dio prisa en llegar a la posada, primero para cenar y luego para reflexionar sobre su aventura, ya que tenía la fuerte convicción de que, en verdad, había vivido una aventura a la vez exaltante y oscura.